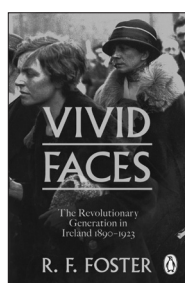


Evolución personal, construcción nacional: un enfoque biográfico de la revolución irlandesa

Jorge Ramón Ros

Jorge.Ramon@uv.es



Roy Foster, *Vivid Faces: The Revolutionary Generation in Ireland 1890-1923*, Londres, Penguin Books, 2014, 496 pp.

En la actualidad, y de forma similar a los actos que están desarrollándose en el continente europeo con motivo del centenario de la Gran Guerra, el gobierno, las asociaciones culturales y algunos ciudadanos voluntarios de la República Irlandesa han organizado un ciclo conmemorativo del Levantamiento de Pascua y el período revolucionario, reflejado en medios audiovisuales, ceremonias públicas, literatura o prensa. Detrás de estas últimas manifestaciones quedan estigmas, heridas o recuerdos de un pasado reciente que sigue incidiendo en aquellas personas cuyos familiares vivieron múltiples acontecimientos y procesos violentos que golpearon Irlanda

a principios del siglo XX. Por ello, los festivales de música y literatura autóctona, las exposiciones, conferencias y los actos parlamentarios que a día de hoy están programados no son ajenos a un largo debate social sobre las representaciones y los modos de explicación del pasado de la isla.

Uno de los principales protagonistas de esta controversia es Roy Foster, historiador irlandés, catedrático de Historia Irlandesa en la Universidad de Oxford y autor de la obra que nos ocupa. Discípulo de Theodore W. Moody y Francis S. Lyons, Foster se sitúa en la línea de ambos, crítica con el predominio y la institucionalización de un relato glorificador del período revolucionario que

presentaba la independencia irlandesa como una consecuencia lógica y positiva de la ocupación británica de la isla durante siglos. En este sentido, tanto su bagaje teórico como ciertos aspectos de sus estudios sobre la cultura victoriana irlandesa, la evolución de los relatos nacionales durante el siglo XX o el análisis biográfico del poeta, novelista y dramaturgo William Butler Yeats convergen en *Vivid Faces: The Revolutionary Generation in Ireland 1890-1923*. Precisamente, la obra toma su nombre de los versos de «Easter 1916», poema que Yeats dedicó a aquellos hombres y mujeres que, en las calles de Dublín, defendieron con discursos y armas la formación de un nuevo Estado y un nuevo marco de convivencia frente a un gobierno británico que se hallaba en plena guerra continental. A lo largo de *Vivid Faces*, Foster tratará de conjugar la investigación sobre estas formas literarias, la prensa, los manifiestos y discursos públicos de la época con el estudio de documentación privada: cartas, diarios personales, fotografías, etc.

En la introducción, el autor sostiene que la estructura narrativa de su obra está basada en criterios temáticos, de acuerdo con las actividades desempeñadas por una selección, escogida por él, de ciudadanos que mostraron intereses políticos durante el período prerrevolucionario. No obstante, tras la lectura del libro con detenimiento, puede apreciarse una ordenación de los capítulos que se correspondería con una cierta evolución vital de estos sujetos, percibida con el análisis de sus actitudes y acciones: de la búsqueda de su emancipación personal a

la emancipación nacional. En consecuencia, el historiador irlandés transita desde las primeras formaciones de una conciencia propia de sus situaciones personales, así como de su toma de postura crítica frente al entorno cercano («Fathers and Children» «Learning» o «Loving», capítulos 1, 2 y 4) hacia las propuestas de problematización y reconfiguración de realidades más amplias en las que aparecen sujetos o entidades políticas como *nación, gobierno, estado o independencia* («Writing» «Arming» o «Fighting», capítulos 5, 6 y 7). Por último, el cierre de la obra se dedica a dos epígrafes al proceso de recolección y rememoración de las experiencias vitales que algunos de los ex-revolucionarios pudieron abordar en décadas posteriores. Ambos episodios merecen una especial consideración, como veremos más adelante.

A lo largo de estos capítulos, el lector puede apreciar el esfuerzo del autor por examinar los gustos y ambientes culturales de los revolucionarios (teatros, universidades, pubs, asociaciones deportivas o lingüísticas) como elementos significativos de este proceso de radicalización. En un segundo plano queda el estudio de aspectos ya trabajados por la primera oleada de historiadores revisionistas de los años 70: la articulación en diversos círculos de sentimientos anglofóbicos, las denuncias ante comportamientos político-religiosos percibidos como sectarios, la militarización de la vida cotidiana, etc. En lugar de ello, Foster ha adoptado otro hilo conductor para adentrarse en la tesis de la obra: el énfasis en la *dimensión generacional* de la revolución

en Irlanda. El profesor de Oxford no es el primero en utilizar dicho enfoque con el fin de analizar las discrepancias existentes en las distintas representaciones del mundo concebidas por los miembros de las familias ante un mismo problema sociopolítico. Otros historiadores como Tony Judt lo han manejado para tratar, salvando las distancias, las concentraciones estudiantiles de mayo de 1968 en París como un producto de las desavenencias entre padres e hijos de familias acomodadas en torno a cuestiones como la libertad de expresión o la censura moral y sexual de las autoridades hacia ciertas conductas juveniles¹. Foster entiende la unidad generacional como un grupo de individuos que, con independencia de su sexo, edad, religión, procedencia o estatus social, se imaginaban a sí mismos como una comunidad heterogénea, pero unificada por una percepción de exclusión y ruptura cultural respecto a sus progenitores, autoridades políticas, sistemas de creencias o supuestos valores morales hegemónicos en una determinada coyuntura histórica. Por ello, en *Vivid Faces* se contrasta este ambiente prebélico de tensión cultural (inserto en plena época de las vanguardias) con el proceso revolucionario que se desencadenaría a partir de 1916 y, en paralelo, con el auge de mecanismos informales de nacionalización en medios de comunicación, formas de expresión artística y actos cotidianos: desde la representación de una obra

teatral inspirada en la mitología gaélica a un partido de *hurling*.²

Es en este punto donde conviene subrayar la cuestión más discutible de este tipo de razonamiento. El carácter transversal del concepto de *generación revolucionaria* implica que éste engloba personajes con comportamientos, trayectorias vitales y discursos marcadamente diferenciados ante los desafíos coyunturales y estructurales de la sociedad irlandesa a principios del siglo XX. Por ejemplo, Arthur Griffith, fundador del *Sinn Féin*, defendía (hasta bien entrado el proceso revolucionario) la instauración de un gobierno parlamentario soberano, pero unido en la forma por lazos monárquicos al Reino Unido, así como la creación de una industria y un mercado agrícola fuertemente protegido con aranceles, frente a las importaciones procedentes de la metrópoli. Asimismo, Griffith creía que la solución a los problemas derivados del pauperismo y el desempleo era el reparto y cultivo de los terrenos baldíos a campesinos en régimen de explotación privada. Mientras tanto, el líder laborista James Connolly, otro hipotético representante de la comunidad cultural revolucionaria, según Foster, apostaba por romper con todos los vínculos políticos y económicos existentes con el reino de Jorge V para emprender la «reconquista social de Irlanda». Estas declaraciones pueden entenderse como una llamada a la socialización de la propiedad y los

1. Tony JUDT: *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2011, pp. 596-601.
2. Deporte de pelota cuya práctica está extendida en la isla. Los bastones curvos utilizados para golpear el balón fueron empleados en ocasiones como arma física y simbólica por los nacionalistas de distinto signo.

medios de producción, sumada a la vindicación de la participación pública en la política por la que Connolly abogó en sus mítines y ensayos³.

Tanto las proclamas de Griffith como las de Connolly respondían a un contexto de convulsión y reformulación política y social previo a la Primera Guerra Mundial que va mucho más allá de las experiencias vitales de los futuros revolucionarios irlandeses. Historiadores como Barbara W. Tuchman o Adam Hochschild han puesto de manifiesto que el término *Belle Époque*, apodado tras la contienda para denominar el período de aparente paz, estabilidad e innovación científica en Europa entre 1871 y 1914, no refleja las tensiones que dentro de los cuerpos del Estado y organizaciones políticas, culturales o sindicales se estaban produciendo por actitudes de inmovilismo y aislamiento o por el contrario, de búsqueda de respuestas ante situaciones de creciente desigualdad social.⁴ Y en el caso del Imperio Británico eduardiano de principios del siglo XX, las propias fuerzas liberales que se habían alternado en el poder durante décadas estaban reformulando constantemente sus planteamientos doctrinales para evitar estas condiciones prerrevolucionarias. La asimétrica distribución de las cargas fiscales en relación a la posesión y usufructo de las propiedades, las demandas de reconocimiento de un estatus de igualdad jurídica de derechos polí-

ticos y sociales entre mujeres y hombres, las reivindicaciones en materia de condiciones laborales y capacidad de negociación en las empresas o los debates públicos causados por la legislación de las primeras políticas tributarias progresivas, pensiones de vejez o los seguros de paro, fueron una constante en Gran Bretaña e Irlanda durante la década previa a la Gran Guerra, de tal modo que la conflictividad social se elevó hasta niveles preocupantes para las élites parlamentarias. No en vano, Basil Thompson, dirigente del cuerpo imperial de vigilancia Scotland Yard, veía como mal menor una movilización bélica «de carácter regenerador» que alejara de las calles el fantasma de la revolución (fueran cuales fuesen las metas, métodos y protagonistas de la misma) por la que estaban luchando muchos de los protagonistas de *Vivid Faces* en cuerpos paramilitares como los *Irish Volunteers*, *Irish Citizen Army* o los *Ulster Volunteer Force* a la altura del verano de 1914.

Pese a los deseos de Thompson, y como Foster señala en los capítulos «Arming» y «Fighting», el estallido de la Primera Guerra Mundial fue decisivo en la consolidación de una fractura dentro de dichos movimientos de voluntarios, entre los partidarios de la colaboración con el gobierno británico en el esfuerzo bélico (próximos a fuerzas parlamentarias como el nacionalismo moderado o el unionismo) y una

3. James CONNOLLY: *Labour in Irish History and The Reconquest of Ireland*, Dublín, Maunsel and Roberts, 1922.

4. Barbara W. TUCHMAN: *La Torre del Orgullo: una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Península, 2007 y Adam HOCHSCHILD: *Para acabar con todas las guerras: una historia de lealtad y rebelión*, Barcelona, Península, 2013.

minoría, aunque cada vez más influyente, que declaraba en público su repudio a una contienda supuestamente ajena, causada por las ambiciones imperiales de las camarillas con poder político. De igual modo, estas diferentes motivaciones que establece el profesor de Oxford podrían enriquecerse en un futuro con un estudio de las experiencias de guerra que, de forma directa o indirecta, a través de amigos o familiares partícipes en los procesos bélicos, influyeron en los actos, pensamientos y discursos de la llamada *generación revolucionaria*. A este respecto, no puede obviarse la muerte en las trincheras de más de 200.000 habitantes de la isla entre 1914 y 1918, sin contar a los heridos y a todas aquellas personas conmocionadas por vivencias traumáticas a las que intentaban dotar de significado. En Irlanda, en Gran Bretaña y en el resto de Europa, la violencia desatada por la Gran Guerra no sólo produjo desencuentros y escisiones en las organizaciones políticas, sindicales o estatales, sino en el seno de las propias familias, dejando un legado de recuerdos de odio, incomprensión y autorrepresión que poco a poco han interpretado sus testigos y la comunidad académica.

Precisamente, el último capítulo de la obra «Remembering» está basado en las memorias orales y escritas de los antiguos revolucionarios sobre los episodios de esperanza, reafirmación y de pugna armada o cultural que vivieron en su juventud. A mi juicio, el historiador irlandés intenta presentar una doble vertiente. Por un lado, ofrece una perspectiva panorámica sobre la in-

serción y construcción posterior de un Estado independiente (*Irish Free State*) por parte de algunos protagonistas de *Vivid Faces*. Sin embargo, también incide en las paradojas que otros, como Bulmer Hobson o Hannah Sheehy-Skeffington, experimentaron en sus trayectorias vitales posteriores. Para el estudio de estos fenómenos, Foster dota de especial importancia como fuente primaria los diarios privados y las transcripciones de casi dos mil entrevistas personales a testigos realizadas entre 1947 y 1957 por el Bureau of Military History, organismo formado en Irlanda por funcionarios gubernamentales e historiadores de la época. La labor de retrospección y registro escrito de impresiones, vivencias y perspectivas de la revolución y la Gran Guerra por parte de esta entidad fue encomiable, si se estima que se produjo en un momento en el que la historia oral apenas poseía recorrido, pese a que no está exenta de críticas por su falta de transparencia pública.

En algunos testimonios recogidos por el Bureau, dos grandes sombras nublaban sus miradas al pasado de modo que, según Foster, se establecía una cierta discontinuidad respecto a sus memorias del período prebélico y la etapa posterior al Levantamiento de Pascua. En la proclamación oficial de independencia en 1916 se aludía al deseo de garantizar la igualdad de derechos y oportunidades para todas las mujeres y hombres, además del «olvido de las diferencias cuidadosamente alentadas por un gobierno extranjero». Ocho años después, la polarización en torno al modelo estatal y social a

construir en Irlanda había provocado una guerra civil entre los partidarios y detractores del Tratado Anglo-irlandés de 1921. Además, el texto constitucional y la legislación del *Irish Free State* (un Estado surgido de ese pacto y de la contienda) sobre cuestiones de género, censura moral y sexual, separación Iglesia-Estado o políticas educativas, distaba de los sueños comunitarios y/o libertarios que en este libro se recogen.

No obstante, Roy Foster pone fin a su obra reivindicando la necesidad de conocer e interpretar los proyectos y contextos revolucionarios en la isla previos a 1916: sin ambiciones teleológicas o mistificadoras que estén propiciadas por los violentos sucesos posteriores. Bajo mi punto de vista, *Vivid Faces* cumple con éxito estos objetivos, convirtiéndose en un ejemplo de la renovación de las biografías colectivas.

.....
JORGE RAMÓN ROS es personal investigador en formación en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València.